

Los Hijos de Marineros

Por

Jorge RODRIGUEZ Morrison

Capellán - Armada de Chile



LOS PSICÓLOGOS de todas las tendencias están de acuerdo en señalar que la regularidad o normalidad de la vida familiar y la continuidad de la acción educadora de los padres son los factores esenciales del equilibrio síquico de los hijos.

¿Acaso los hijos de marinos estarán inexorablemente condenados al desequilibrio?

Podría decirse que sí, siempre que la alternativa de presencia y ausencia del padre esté significando la alternativa de abandono y negligencia, como asimismo dependería de la severidad, de la excitación, de la melancolía, de la organización o el desorden que estas circunstancias encierran.

Pero: no es posible que esto suceda.

Que las condiciones y estilo de vida de una familia de marinos son anormales, estamos de acuerdo; como puede ser el caso de un padre ausente por un largo período, y cuyos permisos (vacaciones) —en muchos casos muy irregulares— no coincidan con los períodos de vacaciones escolares, esto es de pronto un elemento de confusión y desorden en la vida de los hijos. Ahora, si se añade que la madre deba ausentarse, aún por cortos períodos, algunas veces al año, sin tomar preven-

ción o preparar su ausencia, su equilibrio puede estar aún más comprometido.

¿Qué hacer para adaptarse a estas particulares condiciones de existencia?

Desde luego, aceptarlas, porque el primer paso de la adaptación es ese. Resignarse, es confesarse impotente; aceptar, es sacar el mejor partido de la situación.

Las lamentaciones sobre los inconvenientes relativos a la profesión náutica no conducen a nada y sólo agudizan los problemas.

Cuántas veces oímos decir y aún lamentarse a esposo y esposa que su vida no es fácil de organizar; esto es cierto, es una realidad.

¿Acaso la separación no conlleva tristezas e inquietudes? Pero la alegría del regreso compensa abundantemente la angustia de la partida.

Pero también escuchamos expresiones muy positivas: "Nosotras —nos dicen las esposas de marinos— sabemos guardar el amor tal vez mejor que otras esposas".

Y tienen la razón, porque la rutina, la gran enemiga del amor, no hace impacto en ellas, ante esa como "sorpresa" de la espera y de la llegada misma del esposo, que más bien estimula el hábito de vivir juntos.

Hacerles sentir estas cosas a los niños es ahorrarles todo lo deprimente que pudiera resultar del sentimiento de no ser como los demás.

Los hijos de marinos perciben fácilmente que su situación es especial.

Nunca se debería insistir sobre aquello que resulte penoso. Darles, más bien, una cierta nobleza y hasta una legítima arrogancia de tener que arreglárselas sin papá.

Así, en lugar de decir con ocasión de salir de vacaciones: "¡Ayl pobrecitos, si papá estuviera aquí, nosotros podríamos ir al sur". Mejor es decir: "En lugar de un viaje al sur, nosotros vamos a salir a muchas partes, porque papá no está aquí, y nosotros le contaremos todo esto a papá y él se pondrá muy contento de ver como nosotros nos desenvolvemos bien".

Nunca dolerse, para que ellos nunca se duelan y asociar al padre a la vida familiar lo más posible; ésta será, posiblemente, la actitud que hay que adoptar delante de los hijos durante las ausencias del padre.

Conviene, asimismo, tener al padre al corriente de todos los hechos y gestos de cada uno, para que a su llegada él no sea un extraño "que viene cayendo de la luna"; así, se podrá hacer alusión a cómo ha crecido el "collie" regalón, de la caída en bicicleta de la amiguita del barrio o de cualquier otro suceso que serán menos impactantes que las situaciones de salud o las notas del colegio.

Si papá está al corriente de todo, él no tendrá la impresión de llegar como un extranjero, y los hijos no lo sentirán tan lejano.

Así la adaptación se conseguirá sin ningún tropiezo al cabo de algunos días o semanas en la vida familiar.

Esto no quiere decir que todo pasará sin ninguna perturbación. Es perfectamente normal que a la llegada del padre se suscite en los niños cierta excitación, un poco de desorden en los horarios, un poco de relajamiento en las tareas escolares, etc. Será preciso cautelar para que esto no se convierta en hábito o costumbre, como también hay que evitar una severidad excesiva que amenace el ardor de la espontaneidad. Muchas veces un poco de indulgencia es cosa de sentido común. Si papá estará en casa por tres o más meses, no cabe duda que de-

be mantenerse el orden normal del hogar, pero si su permanencia es de tres días, bien se pueden tolerar ciertas faltas.

Lo importante es que los padres estén de acuerdo acerca de las actitudes que se van a adoptar.

Tanto el "padre látigo" como el "padre caramelo" son nefastos. Naturalmente éstos son casos extremos que no se conciben en personas razonables.

Sí. Puede existir aquel padre severo, intransigente, que quiere ponerlo todo en orden porque, a su juicio, todo está mal; como puede haber el padre casi bonachón que todo lo permite, aun el desorden, la desorganización y la anarquía doméstica.

En todo esto hay en el fondo un problema de dimensión y de flexibilidad.

Naturalmente al padre severo se le exige que sea más comprensivo al retornar a casa, que ponga, sí, las cosas en orden, que promueva los medios para corregir defectos, conservando en todo momento la paz y la convivencia.

O que al padre naturalmente indulgente se le pida que pierda un poco de su "popularidad" con el fin de no cargar con todo el fardo a la dueña de casa.

Así los niños nunca podrán decir: "cuando está papá, todo está prohibido", ni tampoco decir: "cuando está papá, todo está permitido".

Es menos fácil conjugar las actitudes de padre y madre con una mamá que se apoya demasiado en la autoridad del padre cuando está en casa, o a la inversa, cuando el padre, estando en casa, elude toda reprensión o castigo a los niños, porque quiere dejar en ellos una buena imagen y un mejor recuerdo.

Una inevitable ruptura afectiva acreerá la inevitable ruptura educativa.

Así como la llegada del padre provoca excitación, la partida provoca confusión. Esta es normal, solamente hay que evitar que dure.

Sin negar su pena, la madre puede evitar demostrarla; las mamás tienen tantos recursos que pueden llegar a entretener a sus niños, hacerles bromas, inven-

tarles quehaceres, etc., para que todo sea llevado en la mejor forma posible.

En suma, hablar de papá, explotando lo mejor que se pueda la realidad de la ausencia: "pórtate bien, como cuando está papá"; "aprende tu lección bien aprendida como si debieras repetírsela a papá".

Todo esto no sólo aminora la nostalgia de su ausencia física, sino más bien mantiene el sentimiento de su presencia mo-

ral, la que siendo ilusoria y banal para los materialistas y quienes no creen, no lo es para los cristianos que oran en común, aunque estén separados.

De allí, entonces, que resultará de inmenso beneficio y permanente provecho el que la mamá al rezar junto con sus hijos les esté alimentando el prodigioso hábito de incorporar a sus padres a la oración familiar, que es, desde ya, una actitud auténticamente comunitaria.

